

Pregón de la Inmaculada 2.011

A la memoria de Belí Moya que estará sentadita a Su vera escuchándome.

¡Dios te salve, Virgen pura,
Reina piadosa del mundo,
Madre de vida y dulzura,
Acoge el ruego profundo
De tus hijos sin ventura!

¡Hijos que por ti clamamos
Desterrados hijos de Eva,
Que a Ti ¡oh Madre! suspiramos
En este valle de prueba
Donde sin cesar lloramos.

¡Tus hijos siempre y ahora
Tristes te elevan el alma!...
¡Óyelos, Madre y Señora,
Con esa piedad que calma
Los gemidos del que llora!

¡Ea, pues, nuestra; Abogada,
Vuelve a nos de esos tus ojos
La dulce y tierna mirada
Que purifica de abrojos

¡Y preséntanos, María,
De este destierro en pasando,
A ese Varón de agonía
Que paz y perdón clamando
Murió por la raza impía!

¡Fruto de tu entraña pura
De la humanidad consuelo!
¡Si Tú, Madre de ternura,
La dicha pides del suelo,
Dicha obtendremos segura!

Y pues tienes prometido
A los dignos, Madre mía,
Gozo eterno y bendecido,
¡Oh dulce! ¡oh clemente! ¡oh pía!
¡Haz nuestro gozo cumplido!

Rvdo. Sr. Arcipreste, Rvdo. Sr. Director Espiritual del Consejo Local de HH. y CC., Ilma. Sra. Alcaldesa, Sr. Presidente del Consejo, Sr. Delegado de HH. de Gloria, Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Hdad. De Gloria de la Inmaculada Concepción, Dignísimas autoridades, Sras. y Sres. Hermanos Mayores, Hermanas y Hermanos, Sras. y Sres.:

Antes nada, agradecer a mi presentador sus palabras. Es difícil tener una amistad como la mía en estos tiempos que corren (Como dijo un sabio: "somos dueños de nuestros silencios y esclavos de nuestras palabras").

Asegurarte, Andrés, que no ha sido una “venganza”, una hermosa “venganza” apostillaría, de aquella presentación que hice cuando distes el pregón oficial de nuestra Semana santa de 2.009, sino que un pregonero siempre busca en su presentador a alguien que te conozca, para bien o para mal, y que ponga en aviso, de manera sincera y sin tapujos, a quienes te van a escuchar después.

Hemos compartido momentos hermosos debajo de las trabajaderas de nuestra Excelsa Patrona en aquella gloriosa cuadrilla llevada, magistralmente, por Pedro Rosado y su hijo José Manuel, donde habian hermanos con un peso específico en el mundo del costal. La trabajadera, madera noble donde todos somos iguales sin distinción. La única verdad ahí abajo es la fe que nos mueve a rezar con nuestros cuellos, sin paliativos. Por derecho, siempre de frente. Por nuestras venas corre savia verde que nos hace mirar a la reina de San Bernardo como la Esperanza que aliviará nuestras penas y dolores cuando el Rocío de la mañana nos anuncie un nuevo día. Gracias amigo, gracias hermano. Te prometo que es la penúltima.

Gracias Padre Valenzuela por haber pensado en mí para estos menesteres y por supuesto a la junta de Gobierno de la Hermandad de Gloria de la Inmaculada Concepción por ratificar esa petición que me hizo Juan allá por diciembre del año pasado. Siempre es gratificante que sigan contando contigo aunque mi elección haya sido, llamémosle, un tanto atípica. Lo importante es que hoy rebose de felicidad y eso es lo que importa. Gracias a todos los que han deseado acompañarme con su grata presencia, pues hacéis muy dichoso a este humilde y orgulloso pregonero.

Contaba una anécdota José Luís Garrido Bustamante en su exaltación a la saeta, allá por mediados de los 90 del siglo pasado, que Antonio Mairena, conocido “cantaor” flamenco, fue invitado a cantarle una saeta al Señor del Gran Poder de Sevilla desde un balcón en casa de unos amigos. Al llegar le ofrecieron todo tipo de bebidas y viandas típicas de esas fechas, las mismas que él agradeció y rechazó con una simple sonrisa. Estuvo un buen rato yendo desde el salón al balcón y del balcón al salón con gestos de incertidumbre, frotándose las manos y a veces la vista perdida en el horizonte por donde debía de aparecer la venerada Imagen. Cuando se vislumbró la cruz de guía de la Hermandad, Antonio se dirigió a la anfitriona y le pidió un poco de colonia, a lo que la señora, con gesto de extrañeza, le preguntó el porqué y éste de manera rotunda le contestó: “Es para oler bien cuando me enfrente con Él”.

Así me he encontrado todo el día, con los nervios a flor de piel y cuando ha llegado la hora de venir a este Santuario, me he puesto mis mejores galas y me he perfumado porque voy a hablarle a la Madre de Dios cara a cara y a decirle lo mucho que la quiero y la necesito.

No ha sido fácil escribir este pregón ya que el abanico de posibilidades de cómo enfocarlo era enorme, pero sé que la Virgen Santísima me ha guiado en mi búsqueda de los datos que hacían falta para concretarlo y esta noche es una hermosa realidad que me ha enriquecido en mi conocimiento, amor y devoción filial a la Concepción Inmaculada de Nuestra Señora.

No tenía intención de dedicárselo a nadie en particular, pero en el momento en que estaba redactándolo hubo un desafortunado hecho que me impulsó a cambiar mi decisión y por ello, hoy, quiero dedicárselo a la Venerable y Fervorosa Hdad. de Penitencia y Cofradía de Nazarenos del Stmo. Cristo del Amor, María Santísima de la Esperanza y San Bernardo Abad, mi Hermandad de la Esperanza, a todos sus hermanos y a su Junta de Gobierno, porque sé lo duro que es que un desalmado ataque a tus Benditos Titulares. Gracias a Dios todo fue un susto y no pasó a mayores. No me considero, para nada, un hermano ejemplar ni nunca lo he pretendido y saben que desde el instante en que me enteré de tan desagradable suceso, intenté informarme de lo ocurrido y ponerme a su disposición. Desde aquí mi cariño y mi solidaridad.

Tu belleza es tan humana
como los rezos clavados
que el tiempo ha depositado
en tu aura soberana.

Tu belleza es la mañana.
es alivio en la añoranza
y es el Cielo en tu semblanza.
Tu belleza es la andadura
que libra las ataduras...
Tu belleza es la Esperanza.

“Roma locuta, causa finita” , cuando Roma habla, se termina la discusión. Así se solventó todo cuando el 08 de Diciembre de 1.854 el Beato Pio Nono proclamó con la Bula “Ineffabilis Deus” el dogma de la Inmaculada Concepción de María, después de siglos de discusiones entre santos, teólogos y fieles que estaban a favor o en contra de proclamar el dogma de que Nuestra Señora fue preservada del Pecado Original desde su concepción.

La tempestad histórica que precede a la definición del dogma, parece manifestarse simbólicamente el mismo día en que Pío Nono coronaba valientemente a la Virgen, Madre de Dios, con la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, con una violenta tormenta fuera de la Basílica de San Pedro. Según Sardi, respetado cronista de la época, relató:

“En el preciso momento en que Su Santidad iba a definir el dogma, una ligera brisa levantó la cortina al frente de la gran ventana sobre el altar de la Capilla de la Santísima Virgen María del Pilar, y un rayo de luz iluminó la persona del Santo Padre y su trono pontifical. Muchos se maravillaron con este evento debido al solemne momento cuando ocurrió”.

La Concepción inmaculada de la Virgen María es un maravilloso misterio de amor, una perfecta glorificación de Cristo. La mayor gloria de Cristo se cifra en la belleza espiritual de una mujer –madre y compañera-. Su sangre dio fruto perfecto al injertarse en las venas de la raza humana, en una mujer. Cristo, en una palabra, nos enseñó cómo se ama a la mujer. Y el ideal de la mujer, María.

La Iglesia lo fue descubriendo poco a poco, al andar de los tiempos. Hubieron de transcurrir siglos hasta que fuera definido como dogma de fe. Y no es extraño, porque Dios lo reveló obscuramente, y ello en dos momentos decisivos de la historia del mundo y en dos instantes extremos de la vida de Cristo. Y los hombres somos lentos en comprender, en descifrar el íntimo significado de las cosas.

Este Dogma no deja de ser un maravilloso misterio a los ojos del hombre, el cual se puede lógicamente hacer infinidad de preguntas acerca de él, pero porque es un misterio, por eso es realmente maravilloso, extraordinario y admirable. Sin esta Verdad, la Redención no hubiera sido posible, porque no es posible llegar a Dios si no es a través de Su Madre.

La vida de María fue un rotundo “Sí” a los planes de Dios. Con su “Sí” el Dios lejano y temido se hizo nuestro y a partir de la encarnación de su Hijo, clavel caído del seno de la aurora, como lo definiera Góngora, Dios tuvo otro título que antes no tenía: “Emmanuel”, el Dios con nosotros, el salvador, el que puso su tienda entre nosotros.

Cuando las pajas del heno del pesebre se transformaron en leños duros y clavos atormentadores, los labios de Jesús bebían sangre, sudor y lágrimas en lugar de blanca leche bajada del cielo. Ella estaba de pie. Sufriendo, rodeada por un velo negro de severo dolor: la nueva Eva, la compañera del Redentor, la Corredentora. Y así la contemplaban discípulos acobardados, soldados indiferentes, chusma (¿No es en la actualidad igual?).

Murió Jesús en la cruz no solamente para preservarla de la culpa, sino para darle toda la gracia y la hermosura de que era capaz, para hacer de Ella la perfecta mujer. La amó, se dio a Ella en el dolor para hacer de Ella perfecta madre, la perfecta compañera en la obra redentora.

La Concepción Inmaculada de María, no es, en resumen, sino la flor de un dolorido amor, dolor de amor en flor.

Dado que las palabras humanas son incapaces de expresar las realidades divinas, se desprende que estas palabras: “Inmaculada” y “Concepción” deben de ser comprendidas con un significado que va más allá de aquél que la razón humana, en su expresión más profunda, podría darles de manera normal. Entonces, ¿Quién es la Inmaculada Concepción? No Dios, desde luego, porque Él no tiene principio. No ángel, creado directamente de la nada.

No Adán, formado del polvo de la tierra. No Eva, moldeada de la costilla de Adán. No la Palabra Encarnada, que existe antes de todos los tiempos y de quien deberíamos usar la palabra “concebido” más que “concepción”. Pero, tú, María, eres diferente de todos los demás hijos de Eva.

Nosotros somos concepciones manchadas por el pecado original, mientras que tú eres la única Inmaculada Concepción. Pero sigo preguntándome lanzando mi duda al aire: ¿Quién es María? Y la brisa responde:

María es como un ángel,
porque recibió un mensaje de Dios
y nos lo entregó hecho vida.

María es virgen,
porque su espíritu es limpio y sencillo
y de ella se prendó el Señor.

María es como un profeta,
porque supo anunciar las grandezas
y adivinó el destino de los hombres.

María es misionera,
porque se puso en camino a la Verdad
y sintió la alegría de llevar la Palabra.

María es como una ofrenda,
porque supo presentarnos al Hijo
y en esa donación también estaba ella.

María es un pesebre,
porque dio a luz en la pobreza
y en un vientre pobre se formó la nobleza.

María es como una fiesta,
porque celebramos y no falta el vino
y al conocer a su Hijo nos lo entrega.

María es un bautismo,
porque de ella nace la vida
y en ella se recreó la gracia del Espíritu.

María es un discípulo,
porque siguió los pasos del Mesías
y conservó con amor lo que El decía.

María es como una parábola,
porque con ella se nos enseña
y es ejemplo en el camino de salvación.

María es una pena,
porque estuvo clavada en el ser humano
y espera doliente el cuerpo del Hijo amado.

María es como una luz,
porque se adelanta a la mañana
y goza en la resurrección del Redentor.

María es un corazón
porque en ella caben todos los corazones
y en sus entrañas nos encontramos.

María es como una Fuente Santa

porque allí vamos a beber los cristianos

y consuela nuestra sequedad caminando.

Ella es un signo anticipado: de limpieza, de belleza, de santidad, de perfección, de plenitud, de vida nueva, de victoria pascual. Es un anticipo del ideal humano, del proyecto que Dios había soñado para el hombre.

Un modelo, por lo tanto, para cada persona humana, para cada creyente, para la Iglesia, para la humanidad. Lo que tanto soñamos y deseamos es posible, en María se ha realizado ya.

María es aurora. Cuando aparecen las primeras luces del día, cuando amanece o mañanea, admiramos los tonos de color que vencen la oscuridad nocturna. Y nos alegramos. La luz, además de ofrecernos claridad, nos llena de alegría.

Así es la Virgen Inmaculada, suave luz que anuncia la victoria sobre el pecado y la muerte, señal segura de que se acerca el día, buena noticia para todos los hijos de la noche, causa de nuestra alegría. Alegría verdadera, porque nos garantiza salvación y victoria.

Después de tantos años de fracasos, después de tantas derrotas, por fin podemos levantar cabeza. El poder de las tinieblas ha sido superado. En la madre aparece un punto de luz primero, como una flor, pero la luz va creciendo hasta el encanto.

Es un regalo, no solo para los ojos, sino para toda el alma.

Pero la aurora es un anuncio solamente, ella no tiene identidad propia, es una adelantada de otra realidad original, que es el sol. La aurora no es el día, sino que lo anuncia, lo prepara. Sus luces y colores no son propios, sino del sol.

La aurora es algo relativo, sin el sol nada sería. Así es María con relación a Cristo, nuestro día y nuestro sol.

Alumbra la mañana inesperada,
en tu seno la luz ha hecho su nido
y el mundo permanece, aún, dormido
vela sólo una estrella enamorada.

una aurora despierta, inusitada,
oculta en las entrañas de tu tierra
es la Vida de Dios al que se aferra
mi esperanza que queda confirmada.

En tu seno el Amor queda cautivo
se hace esclavo del tiempo que ha creado
fragilidad de un Dios que se ha humanado
en la entraña del mundo sumergido.

Tú le dices que Sí y queda herido
el vientre en que consume sus entregas
una rosa en invierno es primavera
del mundo que se esconde en sus latidos.

Tú le dices que sí, cambia la historia
mujer que de la entrega has hecho Vida
tu nombre es protección que en Él confía
el pueblo que te lleva en su memoria.

Al margen de cuestiones teológicas, a veces demasiado complicadas para nuestra humilde inteligencia, quisiera recalcar qué significa María Inmaculada en el corazón de un Linense como yo. Cómo nací a los pies de tan insigne vecina, y permítanme esta licencia, y cómo aprendí a quererla como Madre del Cielo.

Aromas de recuerdos imborrables son cuando algunas mañanas, viviendo en la Calle Cadalso, en la humilde casa de mis abuelos Eduardo y Mari Pepa en los albores de mi existencia, solía jugar en el “paseíto Fariñas” de la mano de mi madre o de mi, siempre querida, Mari Rosa, mi tata, acompañada por Mari Carmen, su hermana del alma. De vez en cuando me asomaba a la esquina con Alfonso X el Sabio, como aquel asustadizo enamorado en busca de su amada, y la saludaba casi a escondidas cuando la veía en ese hermoso azulejo de la fachada de Su Santuario: “Buenos días, Madre”, y Ella me sonreía.

Pasado algún tiempo nos mudamos de barrio pero nunca falté a nuestra cita anual del 8 de Diciembre y la buscaba por esquinas y rincones cuando en su trono de reina paseaba por las calles de La Línea, ciudad entregada y dispuesta, que tan solo quiere luz y un vivísimo azul como telón de fondo, para que sus hijos la contemplaran en todo su esplendor. “Abrázame a tu luz de enredadera bajo el malva del cielo...” dijo la poetisa. Y, cosas de la vida, he vuelto a mis orígenes como aquel hijo pródigo, para estar cerca de Ella y cada mañana al ir al trabajar y cada tarde de regreso, paso por delante de Su bendita casa y la saludo presignándome y mirándole a los ojos (en sus ojos siempre encuentro la verdad), suspiro, porque sé que María va conmigo para protegerme. Es edificante entrar en este Santuario, en silencio, entre penumbras, te sientas delante de Ella y le hablas. Yo lo hago, ¿Por qué no? Si seguro que me escucha. Le pides por tu familia, por la gente que te aprecia, incluso por quién no quiere ni verte (“porque en el enemigo solo veo la posibilidad de conquistar su amistad,..”).

Te relajas, olvidas la vida presurosa que llevas, los problemas de cada día. Cuando te das cuenta han pasado los minutos y Ella sigue ahí escuchándote pacientemente, como hace una madre. Y llega la hora del Ángelus y recuerdas ese maravilloso instante en la vida de María porque en aquel momento de la encarnación sólo Dios y los ángeles pudieron estremecerse de emoción. ¡Con qué unción entraría el Espíritu Santo en el seno materno de María!

¡Qué escandaloso anonadamiento el del Verbo, desapareciendo en la carne virginal de su Madre! ¡Cuánta complacencia en el Padre, que entregaba su Hijo a la humana naturaleza caída! ¡Qué silencio sobrecogedor en el ánimo de todos aquellos ángeles, testigos privilegiados de un prodigio único e irrepetible!. El tiempo y la historia debieron contener su deseo al acoger en su seno, como aquella madre, la carne del Verbo de Dios. Por eso no debemos de dejar pasar ni un solo día sin rezar la oración del Ángelus y unirnos a aquella emoción divina que rodeó la encarnación del Verbo. Y Cuando sales por esa puerta eres otro, sientes la vida de otra manera. Más sosegada, más humana, menos egoísta.

¿Qué más puedo pedir si tengo junto a mí a la, que por su intercesión, logró que Dios nos perdonara del pecado original y siguiéramos siendo los Hijos predilectos del Altísimo?

Alba, mírala bien, mira el lucero
de miel, casi morena, que trasmana
un rubor silencioso de milgrana,
en copa de granado placentero;

la frente como sal en el estero,
la risa con repique de campana
y el labio en que despunta la mañana
como despunta el sol en el alero.

¡Alba, mírala bien! Y el mundo sea
heno que cobra resplandor y brío
en su mirar de alondra transparente;

Aurora donde el cielo se recrea,
¡Aurora tú que fuistes como un río
y Dios puso la mano en la corriente!

Sin darnos cuenta siempre tenemos presente a María. Bien sea en Diciembre, cuando el dorado otoño da sus últimas bocanadas para dar paso al invierno de mañanas frías y luminosas, y en Su día, visita uno a uno los rincones de La Línea.

O cuando por Adviento visitamos en San Bernardo a quien será en breve madre del que devolverá la esperanza a los hombres.

O por primavera, vestida de Pasión, rodeada de aromas que despiertan los sentidos después del letargo invernal, acompañando a su Bendito Hijo hasta la cruz esperando recogerlo en sus brazos. Después de la gloriosa Resurrección, la contemplamos de pastora por las arenas rociadas o por las altas sierras jiennenses.

En Agosto será Reina y Patrona de innumerables pueblos y ciudades de España y en Noviembre aliviará nuestro dolor por los seres queridos ya desaparecidos, con su luto riguroso embellecido y paliado con ese detalle floral que nuestros sacerdotes y mayordomos ponen a Sus pies.

Siempre está ahí, a nuestro lado, cubriéndonos con su manto de amor impregnado de nuestras plegarias. Sin reproches, sin un mal gesto, tan solo amor, mucho amor y comprensión. Y nosotros, ingenuos mortales, seguimos dándole la espalda y despreciándola. En nuestro egoísmo no nos damos cuenta de que, por mucho que la neguemos, Ella estará mirándonos con ternura.

Porque al igual que necesitamos la luz del sol que nos caliente, o el agua que nos quite la sed o el pan que alimente nuestro cuerpo, necesitamos a María cerca de nosotros. Sentir su aliento, su abrazo, su voz y, quien como yo por desgracia, ya no tiene a su madre terrenal, la necesitamos más que nunca para que nos escuche y nos reconforte. Este nuestro pueblo, maltratado por todo y por todos, siempre ha tenido en María Inmaculada a su Madre para reposar la cabeza en su regazo en momentos difíciles, o para cogerla del brazo y celebrar los días gozosos. La Línea de la Concepción no sería La Línea sin María Inmaculada.

Ese dulce mirar de tu figura
me ciega como el sol. Tus ojos claros
me están pidiendo amores. Para amaros
tengo la luz del alma ya madura.

Cuando os miro, Señora, una ternura
hondamente me crece con miraros.
Quiero mi vida sólo para estaros
así mirando con el alma pura,

Solamente la luz de tu mirada
quiero tener metida en las redondas
latitudes del alma sosegada.

Quedar en Ti perdido eternamente
como una nave entre las mansas ondas
mirando tu mirada solamente.

Decían que Luis Ortega Brú era agnóstico y que no creía ni en Dios ni en la Iglesia. Y yo me pregunto, ¿Cómo una persona con esa forma de pensar pudo realizar tan maravillosas imágenes? Quiero creer que Luis, en esos momentos de inspiración, tuvo que ver a la Virgen, no tiene otra explicación. Porque nada más contemplarla te convences de que Ella debe de ser, es así, como la plasmó el genial imaginero Sanroqueño. Con su carita de niña madurada prematuramente con tan alta responsabilidad, con su mirada altiva y orgullosa de ser la criatura más limpia y virginal que jamás haya existido, sus manos

juntas en permanente oración intercediendo por nosotros. Su majestuoso ropaje al viento que lo abre para cubrirnos a todos de su bendito amor.

Otro artista de la tierra, D. José Cruz Herrera, la plasmó en el lienzo que hoy tenemos la suerte de contemplar en este Santuario. Con sus rasgos habituales de mujer del sur, como gustaba pintarla a nuestro querido y admirado paisano.

Y al igual que estos dos grandes artistas, durante siglos, la Virgen Inmaculada ha sido modelo ideal para innumerables escultores, pintores, escritores... gente que han visto en Nuestra Santa Madre la obra perfecta de la creación y, como tal, debía de ser dada a conocer a través de las obras de arte, cuando los medios de comunicación actuales no existían y el pueblo aprendía a través de las imágenes que se podían observar en iglesias y conventos.

Muchas de estas imágenes por desgracia, hoy en día, no están entre nosotros debido a la “desmemoria histórica” de quienes quieren dar a entender que ellos fueron las únicas víctimas y que nadie más sufrió en aquellos años de horror, olvidando la cantidad de iglesias, conventos y lugares santos que fueron profanados y destruidos y los innumerables religiosos, religiosas y laicos que fueron sacrificados por el simple hecho de ser sólo eso, personas dedicadas a la fe cristiana.

Quiero rendir un sentido homenaje esta noche a todos esos grandes olvidados en tiempos en que vemos a diario, cómo se mancilla el nombre de Dios y se ridiculiza a nuestra fe por parte de individuos que luego exigen una libertad de culto y pensamiento que ellos pisotean constantemente. Pero desde aquí les digo que, como hace María con nosotros, les responderemos con las manos abiertas y una sonrisa, demostrándoles que amamos a nuestro prójimo a pesar de que éste nos responda con violencia. Como dijo San Maximiliano Kolbe :

“¿Por qué los católicos tienen que ser tan pusilánimes en defender su fe, cuando los enemigos son tan audaces en atacarla? ¿No poseemos nosotros armas más eficaces que ellos, el cielo y la Inmaculada?”.

Mirad hoy, resplandeciente,
a la Reina celestial.
mirad cómo tiembla el mal
y se esconde la serpiente.

Vestida de sol ardiente,
la luna por pedestal
y, cual corona nupcial,
doce estrellas en la frente.

Es la Sierva y la Señora.
la Virgen profetizada,
del sol naciente la aurora.

Viene de gracia colmada,
pues su Hijo, en buena hora,
quiso hacerla Inmaculada.

Y desde esta misma noche mi corazón anda en media mudanza porque quiere quedarse aquí, junto a ti. En tu hogar encuentro la paz y luz deseadas para mi alma. En esta santa casa quiero instalar el baúl añejo de mis recuerdos más hermosos y sentarme a tu vera para seguir leyendo el libro de mi vida donde Tú eres la protagonista de este relato personal donde he depositado mis vivencias, mis aciertos, mis errores, mis vanidades, mis valías. No quiero separarme de tus plantas, madre, no quiero que el frío de la noche ahogue mis plegarias infinitas hasta ese cielo azul de tus ojos. Siento miedo si no estás a mi lado. Abrázame, háblame, dame calor con tus palabras susurrantes al oído y cántame una nana como hacías con Jesús.

A tu lado siempre seré como ese niño asustadizo que busca a su madre desesperadamente. Corro hacia ti con mis brazos extendidos, buscando los tuyos, suaves y firmes, que me sirvan de apoyo en los momentos difíciles donde tropiezas para no levantarte más. Gracias, Inmaculada. Gracias Madre por elegirme para alabarte y demostrarte mi cariño.

Quisiera haberte cubierto de poesías salidas de mis “adentros” pero Dios no ha querido darme ese don (mi abuelo Eduardo se quedó con él) y que yo tomo de quienes tienen el privilegio de bordar con letras de oro sus plegarias.

Seguro que me han permitido recitártelas porque saben que eran para ensalzarte y piroparte en esta noche mágica de Noviembre.

Me despido, con un poema de Diego Romero, que yo, con permiso del autor, se lo dedico a Mi Virgen Inmaculada:

Cuantas veces, reina mía,
he intentado al escribir
en mis letras describir
un texto que te explicara,
pero siempre mi porfía
se diluye en el papel;
en querer y no poder
explicar tu bella cara.

Cuantas veces, flor del sur,
me has mostrado tus secretos
en mil detalles coquetos
para estimular mi calma,
pero bien lo sabes tú
que tu belleza me puede
y escribirte no procede
porque me robas el alma.

Cuantas veces, vieja dama,
me has clavado el corazón
dejándome el aguijón
de tus abriles pastel,
y embelesado en tu llama
he buscado en mis adentros
como contar el encuentro
dejando en blanco el papel.

Cuantas veces, reina mora,
he prometido cantarte
de repente al encontrarte
de azahares coronada,
y cuando llega la hora
no soy capaz de expresar
y se queda mi pensar
anclado en tu piel rosada.

Cuantas veces, mi sultana,
en el olor del incienso
o entre volantes al viento
he bendecido mi suerte,
y al despuntar la mañana
y rozarme con tu brisa
envuelta con tu sonrisa
de nuevo he vuelto a quererte.

Cuantas veces, sueño eterno,
entre el fresco cuaresmal
has aliviado el mal
de este loco enamorado,
convirtiéndome el invierno
en presagio de luz clara
y reencuentros de miradas
en un ocaso dorado.

Cuantas veces, vida mía,
he querido agradecerte
lo que solamente el verte
significa para mí,
y mi pluma desvaría
y entre poemas y prosa
tan sólo escribe una cosa:
sin Ti no puedo vivir.

¡AVE MARÍA PURÍSIMA!

